

2. Michel Tournier y el mundo sin el otro*

«La bestia dejó de masticar de pronto, conservando una larga gramínea entre sus dientes. Después, soltó una carcajada a través de su barba y se levantó sobre sus patas traseras. Dio algunos pasos hacia Viernes, agitando en el vacío sus patas delanteras, sacudiendo sus inmensos cuernos como si saludara a una multitud ante su paso. Esta mímica grotesca heló de sorpresa a Viernes. La bestia no estaba más que a algunos pasos de él cuando se dejó caer hacia adelante, tomando a la vez un impulso de catapulta en dirección a él. Su cabeza se hundió entre sus patas delanteras, sus cuernos asomaron a manera de horquilla y voló hacia el pecho de Viernes como una enorme flecha empenachada de piel. Viernes se tiró a la izquierda una fracción de segundo demasiado tarde. Una pestilencia almizclada lo envolvió...»¹

Estas páginas tan hermosas relatan la lucha de Viernes con el macho cabrío. Viernes resultará herido, pero el buco morirá, «el gran macho cabrío ha muerto». Y Viernes anuncia su proyecto misterioso: el macho cabrío muerto volará y cantará, buco volador y musical. Para el primer aspecto de su proyecto se sirve de la piel, depilada, lavada, pulida, extendida sobre una estructura de madera. Atado a una caña de pescar, el macho cabrío amplifica el menor movimiento del sedal, asumiendo la función de un gigantesco flotador celeste, transcribiendo las aguas en el cielo. En cuanto al segundo aspecto, Viernes utiliza la cabeza, y con las tripas hace un instrumento que pone en un árbol muerto para producir una sinfonía instantánea cuyo único ejecutante ha de ser el viento: es así como el rumor de la tierra es a su vez transportado al cielo y se convierte en un sonido celeste organizado, pansonoridad, «música verdaderamente elemental».² De estas dos formas el gran macho cabrío muerto libera los Elementos. Se observará que la tierra y el aire no juegan tanto el papel de elementos particulares como el de dos completas figuras opuestas, cada una de las cuales reúne por su cuenta los cuatro elementos. Para la tierra es lo que los encierra y los sujeta, los contiene en la profundidad de los cuerpos en tanto que el cielo, con la luz y el sol, los lleva al estado libre y puro, librados de sus límites para formar una energía cósmica de superficie, una, y sin embargo, propia a cada elemento. Hay, pues, un fuego, un agua, un aire y una tierra terrestres, pero también una tierra, un agua, un fuego y un aire aéreos o celestes. Hay un combate de la tierra y el cielo, en donde lo que se juega es el apresamiento o la liberación de todos los elementos. La isla es la frontera o el lugar de este combate. Por eso es tan importante saber de qué lado basculará, si será capaz de derramar en el cielo su fuego, su tierra y sus aguas, y de convertirse ella misma en solar. El héroe de la novela es tanto la isla como Robinson, o como Viernes. La isla cambia de figura en el curso de una serie de desdoblamientos, así como el propio Robinson cambia de forma en el curso de una serie de metamorfosis. La serie subjetiva de Robinson es inseparable de la serie de estados de la isla.

El término final es Robinson convertido en elemental en su isla, restituida a su vez a los elementos: un Robinson de sol en la isla tornada solar, uraniano en Urano. No es el origen lo que aquí importa, sino, por el contrario, el desenlace y el objetivo final, descubiertos a través de toda clase de avatares. Es la primera gran diferencia con el Robinson de Defoe. Se ha subrayado a menudo que el tema del Robinson en Defoe no era solamente una historia, sino «el instrumento de una búsqueda»: búsqueda que parte de la isla desierta y que pretende reconstruir los orígenes y el orden rigurosos de los trabajos y las conquistas que de ellos se logran con el tiempo. Pero está claro que la

* Traducimos la expresión francesa «autrui» por «otro», «el otro», que no le hace entera justicia.

¹ *Vendredi ou les limbes du Pacifique*, Gallimard, 1967, pág. 161.

² Pág. 171.

búsqueda está falseada dos veces. Por una parte, la imagen del origen presupone lo que ella pretende engendrar (véase todo lo que Robinson ha salvado del naufragio). Por la otra, el mundo reproducido a partir de este origen es el equivalente del mundo *real*, es decir, económico, o del mundo tal como sería, tal y como debería ser si no existiese la sexualidad (véase la eliminación de toda sexualidad en el Robinson de Defoe).³ ¿Habrá que concluir que la sexualidad es el único principio fantástico capaz de desviar al mundo del orden económico riguroso asignado por el origen? En suma, la intención, en Defoe, era buena: ¿qué le sucede a un hombre solo, sin el Otro, en la isla desierta? Pero, el problema está mal planteado. Porque, en lugar de llevar un Robinson asexual a un origen que reproduce un mundo económico análogo al nuestro, arquetípico de nuestro, habría que llevar un Robinson asexual a *finés completamente diferentes y divergentes* de los nuestros, en un mundo fantástico él mismo desviado. Planteando el problema en términos de fin y no de origen, Tournier se prohíbe dejar que Robinson abandone la isla. El fin, el objetivo final de Robinson es la «deshumanización», el encuentro de la libido con los elementos libres, el descubrimiento de una energía cósmica o de una gran Salud elemental que no puede surgir sino en la isla, e incluso en la medida en que la isla se ha convertido en aérea o solar. Henry Miller hablaba de esos «vagidos de recién nacido de los elementos fundamentales: helio, oxígeno, silicio, hierro». Y sin duda hay algo de Miller e incluso de Lawrence en este Robinson de helio y de oxígeno: el macho cabrío muerto organiza ya el vagido de los elementos fundamentales.

Pero el lector tiene también la impresión de que esta gran Salud del Robinson de Tournier esconde algo que no es milleriano ni lawrenciano. ¿Sería esta *desviación* absolutamente esencial que implica, inseparable de la sexualidad desértica? El Robinson de Tournier se opone al de Defoe por tres trazos que se encadenan con rigor: se remite a fines, a objetivos, en lugar de serlo a un origen; es sexuado; estos fines representan una desviación fantástica de nuestro mundo, bajo la influencia de una sexualidad transformada, en lugar de una reproducción económica de nuestro mundo, por la acción de un trabajo continuado. Este Robinson no hace nada perverso propiamente hablando; y sin embargo, ¿cómo evitar la impresión de que él mismo es perverso siguiendo la definición de Freud, es decir, aquel que se desvía de los fines? En Defoe era lo mismo remitir Robinson al origen y hacerle producir un mundo conforme al nuestro; en Tournier, es lo mismo remitirlo a fines y hacerlo desviar, diverger en cuanto a los fines. Remitido a los orígenes, Robinson tiene necesariamente que reproducir nuestro mundo, pero, remitido a los fines, necesariamente se desvía. Extraña desviación que no es, sin embargo, de las que habla Freud, puesto que ella es solar y toma por objeto los elementos: tal es el sentido de Urano. «Si hubiese que traducir necesariamente en términos humanos este coito solar, convendría definirlo bajo las especies femeninas y como la esposa del cielo. Pero este antropomorfismo es un contrasentido. En realidad, en el grado supremo al que hemos accedido Viernes y yo, la diferencia de sexo está superada y Viernes puede identificarse con Venus, así como puede decirse, en lenguaje humano, que yo me abro a la fecundación del Astro Mayor.»⁴ Si es verdad que la neurosis es lo negativo de la perversión, ¿la perversión, por su parte, no sería lo *elemental* de la neurosis?

* * *

³ Sobre el Robinson de Defoe, véanse las observaciones de Pierre Macherey, que muestran cómo el tema del origen está ligado a una reproducción económica del mundo y a una eliminación de lo fantástico en provecho de una pretendida «realidad» de este mundo: *Pour une théorie de la production littéraire*, ed. Maspéro, págs. 266-275.

⁴ Pág. 185.

El concepto de perversión es bastardo, semijurídico, semimédico. Pero ni la medicina ni el derecho prevalecen aquí. En el interés actualmente renovado por un concepto semejante, parece que se busca en una estructura de la misma perversión la razón de su tan ambigua relación eventual, tanto con la justicia como con la medicina. El punto de partida es éste: la perversión no se define por la fuerza de un deseo en el sistema de las pulsiones; el perverso no es alguien que desea, sino quien introduce el deseo en un sistema total mente diferente y lo hace desempeñar, en este sistema, el papel de un límite interior, de un foco virtual o de un punto cero (la famosa apatía sádica). El perverso ya no es un yo que desea; como el Otro, para él tampoco es un objeto deseado dotado de existencia real. La novela de Tournier no es sin embargo una tesis sobre la perversión. No es una novela de tesis. Ni una novela de personajes, puesto que no hay otro. Ni una novela de análisis interior, pues Robinson tenía muy poca interioridad. Es una asombrosa novela cómica de aventuras y una novela cósmica de avatares. En lugar de una tesis sobre la perversión, es una novela que desarrolla la tesis misma de Robinson: el hombre sin el otro en su isla. Pero la «tesis» encuentra tanto más sentido en cuanto que, en vez de remitirse a un origen supuesto, anuncia aventuras: ¿qué va a acontecer en el mundo insular sin el otro? Se buscará, pues, en principio, lo que significa el otro por sus *efectos*: se buscarán los efectos de la ausencia del otro en la isla, se inducirán los efectos de la presencia del otro en el mundo habitual, se concluirá lo que es el otro y en qué consiste su ausencia. Los efectos de la ausencia del otro son, pues, las verdaderas aventuras del espíritu: una novela experimental inductiva. Entonces, la reflexión filosófica puede recoger lo que tan eficaz y vívidamente muestra la novela.

El primer efecto del otro es, alrededor de cada objeto que percibo o de cada idea que pienso, la organización de un mundo marginal, de una mancha, de un fondo de donde otros objetos y otras ideas pueden salir siguiendo leyes de transición que regulen el paso de unos a otros. Yo miro un objeto, después me doy vuelta, lo dejo introducirse en el fondo, al mismo tiempo que emerge del fondo un nuevo objeto de mi atención. Si este nuevo objeto no me hiere, si no me agrede, con la violencia de un proyectil (como cuando uno tropieza contra algo que nunca ha visto), es porque el primer objeto disponía de todo un margen en el que yo sentía ya la preexistencia de los siguientes, todo un campo de virtualidades y de potencialidades que sabía capaz de actualizarse. Ahora bien, un tal saber, o sentimiento de la existencia marginal, no es posible más que por el otro. «El otro es para nosotros un potente factor de distracción, no solamente porque nos molesta sin cesar y nos arrebatara nuestro pensamiento intelectual, sino también porque la sola posibilidad de su advenimiento arroja un vago destello sobre un universo de objetos situados al margen de nuestra atención, pero capaz en todo instante de convertirse en su centro.»⁵

La parte del objeto que no veo la pongo al mismo tiempo como visible para el otro; hasta el punto de que, cuando haya dado el rodeo para alcanzar esta parte oculta, me encontraré con el otro tras el objeto para hacer una totalización previsible. Y siento que los objetos detrás de mi espalda se encrespan y forman un mundo, precisamente en tanto que visibles y vistos por el otro. Y, para mí, esta *profundidad*, a partir de la que los objetos se inmiscuyen o se muerden unos a otros, y se ocultan unos a otros, la veo también como una *extensión posible* para el otro, extensión en la que se alinean y pacifican (desde el punto de vista de otra profundidad). En síntesis, el otro asegura los márgenes y transiciones en el mundo. Es la suavidad de las contigüidades y de las semejanzas.

⁵ Pág. 32.

Regula las transformaciones de la forma y del fondo, las variaciones de profundidad. Impide los asaltos por detrás. Puebla el mundo con un rumor benévolo. Hace que las cosas se inclinen las unas hacia las otras, y de una a otra encuentren complementos naturales. Cuando alguien se lamenta de la maldad del otro, olvida esa otra maldad aún más temible, la que tendrían las cosas si no hubiera el otro. El relativiza lo no-sabido, lo no percibido; porque el otro, para mí, introduce el signo de lo no percibido en lo que yo percibo, me determina a hacerme cargo de lo que yo no percibo como perceptible por el otro. En todos estos sentidos, es siempre por el otro que pasa mi deseo, y que mi deseo recibe un objeto. Yo no deseo nada que no sea visto, pensado, poseído por el otro posible. Así está el fundamento de mi deseo. Siempre es el otro quien abate mi deseo sobre el objeto.

¿Qué pasa cuando el otro falta en la estructura del mundo? Sólo reina la brutal oposición del sol y de la tierra, de una luz insostenible y de un abismo oscuro: «la ley sumaria del todo o nada». Lo sabido y lo no sabido, lo percibido y lo no percibido se enfrentan de manera absoluta en un combate sin matices; «mi visión de la isla se reduce a ella misma, lo que de ella no veo es un desconocido absoluto, por todas partes donde no estoy actualmente reina una noche insondable».⁶ Mundo crudo y negro, sin potencialidades ni virtualidades: lo que se ha desmoronado es la categoría de lo posible. En lugar de formas relativamente armoniosas que salen de un fondo para volver a entrar según un orden del espacio y del tiempo, no hay sino líneas abstractas, luminosas e hirientes, no hay más que un sin fondo rebelde y huidizo. Nada más que Elementos. El sin-fondo y la línea abstracta han reemplazado a lo modelado y el fondo. Todo es implacable. Al dejar de tenderse y de plegarse unos hacia otros, los objetos se alzan amenazantes; 'descubrimos entonces maldades que no son ya las del hombre. Diríamos que cada cosa, habiendo renunciado a su modelado, se reduce a sus líneas más duras, nos abofetea o nos golpea por detrás. La ausencia del otro es como cuando nos tropezamos, y se nos revela la velocidad sorprendente de nuestros gestos. «La desnudez es un lujo que sólo el hombre cálidamente rodeado por la multitud de sus semejantes puede atribuirse sin peligro. Para Robinson, mientras no hubiera cambiado de alma, representaba una prueba de una temeridad homicida. Despojado de esos pobres harapos -usados, lacerados, mancillados, pero nacidos de varios milenios de civilización e impregnados de humanidad-, su carne se ofrecía vulnerable y blanca a la radiación de los elementos puros.»⁷ Ya no hay más transiciones; se terminó la suavidad de las contigüidades y las semejanzas que nos permitían habitar el mundo. No subsisten más que profundidades infranqueables, distancias y diferencias absolutas, o bien, por el contrario, insoportables repeticiones como extensiones exactamente superpuestas.

Comparando los primeros efectos de su presencia y los de su ausencia, podemos decir lo que es el otro. El error de las teorías filosóficas es reducirlo tanto a un objeto particular como a otro sujeto (e incluso una concepción como la de Sartre se limitaba, en *El Ser y la nada*, a reunir las dos determinaciones, haciendo del otro un objeto bajo mi mirada con el riesgo de que él, a su vez, me mire y me transforme en objeto). Pero el otro no es ni un objeto en el campo de mi percepción, ni un sujeto que me percibe; es, en primer linar, una estructura del campo perceptivo sin la cual este campo, en su conjunto, no funcionaría como lo hace. Que esta estructura sea efectuada por personajes reales, por sujetos variables, yo para vosotros y vosotros para mí, no impide que preexista, como condición de organización en general, a los términos que la actualizan en cada campo perceptivo

⁶ pág. 47.

⁷ Pág. 27.

organizado -el vuestro, el mío-. Así, *EL Otro a priori*, como estructura absoluta, funda la relatividad de los otros como términos que efectúan la estructura en cada campo. Pero ¿cuál es esta estructura? Es la de lo posible. Un rostro espantado es la expresión de un espantoso mundo posible, o de algo espantoso en el mundo, que yo no veo todavía. Comprendemos que lo posible no es aquí una categoría abstracta que designa algo que no existe: el mundo posible expresado existe perfectamente, pero no existe (actualmente) fuera de lo que lo expresa. El rostro aterrado no se parece a la cosa aterradora; la implica, la envuelve como otra cosa, en una especie de torsión que pone lo expresado en lo expresante. Cuando yo captó a mi vez y por mi cuenta la realidad de lo que el otro expresaba, no hago nada más que explicar al otro, desarrollar y realizar el mundo posible correspondiente. Es verdad que el otro ya da una cierta realidad a los posibles que envuelve: hablando, precisamente. El otro es la existencia de lo posible envuelto. El lenguaje es la realidad de lo posible en tanto que tal. El yo es el desarrollo, la explicación de los posibles, su proceso de realización en lo actual. Al ver a Albertine, Proust dice de ella que envuelve o expresa la playa y el romper de las olas: «Si ella me hubiese visto, ¿qué hubiera podido yo representarle? ¿Desde el seno de qué universo me distinguía ella?» El amor, los celos, serán la tentativa de desarrollar, de desplegar este mundo posible llamado Albertine. En una palabra, el otro como estructura es *la expresión de un mundo posible*, es lo expresado tornado como aún no existente fuera de lo que lo expresa. «Cada uno de estos hombres era un mundo posible, bastante coherente con sus valores, sus focos de atracción y de repulsión, su centro de gravedad. Por diferentes que fueran unos de otros, esos posibles tenían actualmente en común una pequeña imagen de la isla -¡cuán sumaria y superficial!- en torno de la que se organizaban y en un rincón de la cual se encontraba un naufrago llamado Robinson y su siervo mestizo. Pero por central que fuese esa imagen, cada una estaba marcada por los signos de lo provisional, de lo efímero, condenada a retornar en un plazo breve a la nada de donde la había sacado el extravío accidental del *White bird*. Y cada uno de esos mundos posibles proclamaba ingenuamente su realidad. Eso era el otro: un posible que se empeña en pasar por real.»⁸

Podemos comprender mejor los efectos de la presencia del otro. La psicología moderna ha elaborado una rica serie de categorías que dan cuenta del funcionamiento del campo perceptivo y de las variaciones del objeto en este campo: forma-fondo, profundidad-longitud, tema-potencialidad, perfiles-unidad de objetos, franja-centro, texto-contexto, tética-no tética, estados transitivos-partes sustantivas, etcétera. Pero el problema filosófico correspondiente probablemente no está bien planteado: se pregunta si estas categorías pertenecen al campo perceptivo mismo, y si le son immanentes (monismo), o bien se remiten a síntesis subjetivas ejercidas sobre una materia de la percepción (dualismo). Sería un error rechazar la interpretación dualista bajo el pretexto de que la percepción no se realiza a través de una síntesis intelectual que juzga; evidentemente, se pueden concebir síntesis pasivas de un tipo de sensibilidad muy diferente actuando sobre una materia (Husserl, en este sentido, nunca renunció a un cierto dualismo). Pero, incluso así, dudamos de que el dualismo esté bien definido mientras que se establezca entre una materia del campo perceptivo y las síntesis prerreflexivas del yo. El verdadero dualismo está por completa en otra parte: entre los efectos de la «estructura el Otro» en el campo perceptivo, y los efectos de su ausencia (lo que sería la percepción si no hubiera el otro). Es necesario comprender que el otro no es una estructura entre otras en el campo de la percepción (en el sentido en que, por ejemplo, se le reconocería una diferencia de naturaleza con los objetos). Es la *estructura*

⁸ Pág. 192.

que condiciona el conjunto del campo y su funcionamiento, haciendo posible la constitución y la aplicación de las categorías precedentes. No es el yo, es el otro como estructura lo que hace posible la percepción. Son, pues, los mismos autores los que interpretan mal el dualismo, y no salen de la alternativa según la cual el otro sería, o bien un objeto particular en el campo, o bien otro sujeto de campo. Definiendo el otro, a partir de Tournier, como la expresión de un mundo posible, lo convertimos, por el contrario, en el principio a priori de la organización de todo campo perceptivo según las categorías; lo convertimos en la estructura que permite el funcionamiento y la «categorización» de ese campo. El verdadero dualismo, entonces, aparece con la ausencia del otro: ¿qué le sucede en ese caso al campo perceptivo? ¿Está estructurado según otras categorías? O, por el contrario, ¿se abre sobre una materia muy especial, haciéndonos penetrar en un informal particular? He aquí la aventura de Robinson.

La tesis, la hipótesis-Robinson, tiene una gran ventaja: la disolución progresiva de la estructura del Otro se nos presenta como debida a las circunstancias de la isla desierta. Por supuesto que la estructura sobrevive y funciona aún mucho tiempo después de que Robinson, en la isla, no encuentre ya términos actuales o personajes para efectuarla. Pero llega el momento en que: «Los faros han desaparecido de mi campo. Alimentada por mi fantasía, su luz había llegado hasta mí durante mucho tiempo. Ahora, es un hecho, me rodean las tinieblas.»⁹ Y cuando Robinson encuentra a Viernes, como veremos, ya no lo captará como el otro.

Y cuando al final un navío llega, Robinson sabrá que ya no puede restaurar a los hombres en su función de otro, puesto que ha desaparecido la estructura misma que ellos podrían llenar. «Eso era el otro: un posible que se empeña en pasar por real. Y por más cruel, egoísta e inhumano que fuese desestimar esa exigencia, eso era lo que toda su educación había inculcado a Robinson, pero lo había olvidado durante sus años de soledad y ahora se preguntaba si alguna vez llegaría a retomar el pliegue perdido.»¹⁰ Ahora bien; esta disolución progresiva pero irreversible de la estructura, ¿no es precisamente lo que el perverso alcanza por otros medios, en su «isla» interior? Para decirlo como Lacan, la «forclusión» del otro hace que los demás no sean ya aprehendidos como los otros, puesto que falta la estructura que podría darles ese lugar y esa función. ¿Pero acaso no es también precisamente todo nuestro mundo percibido lo que se hunde? ¿En provecho de otra cosa...?

Volvamos, pues, a los efectos de la presencia del otro, tal y como se desprenden de la definición «el otro-expresión de un mundo posible». El efecto fundamental es la distinción de mi conciencia y de su objeto. Esta distinción se deriva, en efecto, de la estructura el Otro. He aquí lo que es el otro: puebla el mundo de posibilidades, de fondos, de franjas, de transiciones; inscribe la posibilidad de un mundo aterrador aún cuando yo no estoy aterrado, o bien, al contrario, la posibilidad de un mundo tranquilizador cuando yo estoy realmente aterrado por el mundo; envuelve bajo otros aspectos al propio mundo que se desarrolla delante de mí; constituye en el mundo tantas o cuantas burbujas que contienen otros tantos mundos posibles.¹¹ En este sentido, el otro hace que mi conciencia caiga

⁹ Pág. 47.

¹⁰ Págs. 192-193.

¹¹ La concepción de Tournier tiene evidentemente ecos leibnizianos (la mónada como expresión del mundo), pero también ecos sartreanos. La teoría de Sartre en *El Ser y la Nada* es la primera gran teoría del otro, porque supera la alternativa: ¿el otro es un objeto (aunque fuese un objeto particular en el campo perceptivo) o bien es sujeto (aunque fuese otro sujeto para otro campo perceptivo)? Sartre es aquí el precursor del estructuralismo pues es el primero en haber considerado al otro como estructura propia o especificidad

necesariamente en un «yo era», en un pasado que no coincide ya con el objeto. Antes de que apareciera el otro, había, por ejemplo, un mundo tranquilizador del que no se distinguía mi conciencia; el otro surge expresando la posibilidad de un mundo aterrador que no se desarrolla sin hacer que pase el precedente. Yo, yo no soy otra cosa que mis objetos pasados, mi yo no está hecho sino de un mundo pasado, precisamente aquel que el otro hace pasar. Si el otro es un mundo posible, yo soy un mundo pasado. Y todo el error de las consiste en postular la contemporaneidad teorías del conocimiento del sujeto y del objeto, mientras que el uno no se constituye sino por la aniquilación del otro. «Y de pronto se produce un corte. El sujeto se despega del objeto despojándolo de una parte de su color y de su peso. Algo ha estallado en el mundo y un pedazo de las cosas se derrumba transformándose en yo. Cada objeto es descalificado en provecho de un sujeto correspondiente. La luz se hace ojo, y ya no existe como tal: ya no es otra cosa que excitación en la retina. El olor se hace nariz, y el mismo mundo resulta inodoro. La música del viento en los manglares es negada: no es otra cosa que un trastorno del tímpano... El sujeto es un objeto descalificado. Mi ojo es el cadáver de la luz, del color. Mi nariz es todo cuanto queda de los olores una vez demostrada su irrealdad. Mi mano niega la cosa sostenida. A partir de aquí, el problema del conocimiento nace de un anacronismo. Implica la simultaneidad del sujeto y del objeto, cuyas misteriosas relaciones quisiera esclarecer. Así, el sujeto y el objeto no pueden coexistir, puesto que son la misma cosa, en principio integrada al mundo real, luego arrojada al desperdicio.»¹² El Otro asegura, pues, la distinción de la conciencia y de su objeto como distinción temporal. El primer efecto de su presencia concernía al espacio y a la distribución de las categorías de la percepción; pero el segundo efecto, quizá más profundo, concierne al tiempo y a la distribución de sus dimensiones, de lo precedente y de lo siguiente en el tiempo. ¿Cómo podría haber allí todavía un pasado cuando el otro no funciona ya?

En la ausencia del otro la conciencia y su objeto no son más que uno. Ya no hay posibilidad de error: no simplemente porque el otro ya no esté ahí, constituyendo el tribunal de toda realidad, para discutir, invalidar o verificar lo que yo creo ver, sino porque, faltando en su estructura, deja a la conciencia adherirse o coincidir con el objeto en un eterno presente. «Por consiguiente, se diría que mis días se han enderezado. Ya no se apoyan unos sobre otros. Se mantienen de pie, verticalmente, y se afirman soberbiamente en su valor intrínseco. Y como ya no están diferenciados por las etapas sucesivas de un plan en vías de ejecución, se parecen tanto que se superponen exactamente en mi memoria y me parece revivir sin cesar el mismo día.»¹³ La conciencia deja de ser una luz sobre los objetos para convertirse en una pura fosforescencia de las cosas en sí. Robinson no es sino la conciencia de la isla, pero la conciencia de la isla es la conciencia que la isla tiene de sí misma, y por lo tanto es la isla en sí misma. Se comprende entonces la paradoja de la isla desierta: el naufrago, si es único, si ha perdido la estructura el Otro, no altera en nada lo desierto de la isla, más bien lo consagra. La isla se llama Speranza, ¿pero quién es Yo? «La pregunta está lejos de ser ociosa, ni siquiera es insoluble, porque si esto no es él, entonces es Speranza.»¹⁴ Es así como Robinson se aproxima progresivamente a una revelación: la pérdida del otro la había experimentado al

irreductible al objeto y al sujeto. Pero, como definía esta estructura por la «mirada», recaía en las categorías de objeto y sujeto, haciendo del otro el que me constituye como objeto cuando me mira, a riesgo de convertirse él mismo en objeto cuando yo lo miro. Parece que la estructura El Otro precede a la mirada; ésta marca más bien el instante en que *alguien* viene a llenar la estructura; la mirada no hace sino efectuar, actualizar una estructura que ha de ser definida independientemente.

¹² Págs. 82-84.

¹³ Pág. 176.

¹⁴ Pág. 75.

principio como un trastorno fundamental del mundo; ya sólo subsistía la oposición de la luz y de la noche, todo se hacía hiriente, el mundo había perdido sus transiciones y sus virtualidades. Pero descubre (lentamente) que es más bien el otro quien turbaba el mundo. El era la turbación. Desaparecido el otro ya no son únicamente los días los que se enderezan. También las cosas, al no ser ya plegadas unas sobre otras por el otro. También el deseo, al no ser ya plegado sobre un objeto o un mundo posible expresado por el otro. La isla desierta entra en un enderezamiento, en una erección generalizada.

La conciencia se ha convertido no sólo en una fosforescencia interior a las cosas, sino en un fuego en sus cabezas, en una luz por encima de cada una, en un «Yo volante». En esta luz aparece otra cosa: un doble aéreo de cada cosa. «Me parecía entrever entonces, durante un breve instante, otra isla escondida... Desde ahora, estoy trasladado, estoy instalado permanentemente en un momento de inocencia, en esa otra Speranza.»¹⁵

Es esto lo que la novela destaca en su descripción: en cada caso, el extraordinario nacimiento del doble erigido. Ahora bien, ¿cuál es exactamente la diferencia entre la cosa tal como aparece en presencia del otro y el doble que tiende a desprenderse en su ausencia? El otro es quien presidía la organización del mundo en objetos y las relaciones transitivas entre estos objetos. Los objetos no existían sino por las posibilidades con las que el otro poblaba el mundo; cada uno se cerraba en sí, no se abría a otros objetos sino en función de los mundos posibles expresados por el otro. En suma: es el otro quien apresaba los elementos en el límite de los cuerpos, y, más aún, en los límites de la tierra. Pues la tierra misma no es sino el gran cuerpo que retiene los elementos. La tierra no es tierra más que poblada por los otros. Es el otro quien fabrica los cuerpos con elementos, los objetos con cuerpos, como fabrica su propio rostro con los mundos que expresa. El doble liberado, cuando el otro se hunde, no es, pues, una réplica de las cosas. El doble, al contrario, es la imagen enderezada donde los elementos se liberan y se recogen; todos los elementos son ahora celestes, y forman mil caprichosas figuras elementales. Y en primer lugar, la figura de un Robinson solar y deshumanizado: «Sol, ¿estás contento de mí? Mírame. Mi metamorfosis, ¿se cumple un poco en el sentido de tu llama? Ha desaparecido mi barba cuyos pelos vegetaban en dirección a la tierra como otras tantas raicillas geotrópicas. En cambio, mi cabellera tuerce sus bucles ardientes como una antorcha dirigida al cielo. Soy una flecha disparada hacia tu hogar...»¹⁶

Es como si la tierra entera intentara escaparse por la isla no sólo restituyendo los otros elementos que tenía indebidamente bajo la influencia del otro, sino trazando por sí misma su propio doble aéreo que la hace a su vez celeste, que la hace converger con los otros elementos en el cielo y para las figuras solares. En síntesis, el otro es lo que, envolviendo a los mundos posibles, impedía que los dobles se enderezasen. El Otro era el gran abatidor. Hasta el punto de que la desestructuración del otro no es una desorganización del mundo, sino una organización-de-pie, en oposición a la organización acostada; el enderezamiento, el desprendimiento de una imagen por fin vertical y sin espesor, después de un elemento puro por fin liberado.

Han sido necesarias catástrofes para esta producción de dobles y de elementos: no sólo los ritos del gran macho cabrío muerto, sino una formidable explosión en la que la isla hechó todo su fuego y se vomitó ella misma a través de una de sus grutas. Pero, a través de las catástrofes, el deseo enderezado muestra cuál es su verdadero objeto. La

¹⁵ Pág. 177.

¹⁶ Pág. 175.

naturaleza y la tierra, ¿no nos decían ya que el objeto del deseo no es el cuerpo ni la cosa, sino tan sólo la Imagen? Y cuando deseábamos al otro, ¿a qué apuntaba nuestro deseo sino a ese pequeño mundo posible expresado, que el otro cometía el error de envolver en él, en lugar de dejarlo flotar y volar por encima del mundo, desarrollado como un doble glorioso? Y cuando contemplamos esa mariposa que merodea una flor reproduciendo exactamente el abdomen de su hembra y que sale de ella llevando en su cabeza dos cuernos de polen, parece que los cuerpos no son más que desviaciones para alcanzar las Imágenes, y que la sexualidad realiza tanto mejor y más prontamente su propósito cuando ella economiza esta desviación, cuando se dirige directamente a las Imágenes y, finalmente a los Elementos liberados de los cuerpos.¹⁷ La conjugación del libido con los elementos, tal es la desviación de Robinson; mas toda la historia de esta desviación en cuanto a los fines es también el «enderezamiento» de las cosas, de la tierra y del deseo.

Cuántas penas han sido necesarias para llegar ahí, cuántas aventuras novelescas. Porque la primera reacción de Robinson fue el desespero. Y ella expresa exactamente ese momento de la neurosis donde la estructura el Otro todavía funciona, aun cuando no haya nadie para llenarla, para efectuarla. En cierto modo, funciona tanto más rigurosamente cuanto ya no está ocupada por seres reales. Los demás ya no se ajustan a la estructura; ésta funciona en el vacío y, por lo mismo, más exigentemente. Ella no cesa de rechazar a Robinson a un pasado personal no reconocido, a las redes de la memoria y a los dolores de la alucinación. Este momento de la neurosis (donde es Robinson enteramente quien se encuentra «rechazado») se encarna en el *fango* que Robinson comparte con los jabalíes: «Sólo sus ojos, su nariz y su boca afloraban de la alfombra flotante de lentejuelas acuáticas y huevos de sapo. Liberado de todas sus ataduras terrestres, derivaba en un sueño embrutecido de retazos de recuerdos que, brotando de su pasado, bailaban contra el cielo en los entramados del follaje inmóvil.»¹⁸

El segundo momento, sin embargo, muestra que la estructura el Otro comienza a desmoronarse. Saliendo del fango, Robinson busca un sustituto del otro, capaz de mantener a pesar de todo el pliegue que el otro daba a las cosas: el orden, el trabajo. La ordenación del tiempo por la clepsidra, la instauración de una producción abundante, el establecimiento de un código de leyes, la multiplicidad de títulos y funciones oficiales con los que Robinson se reviste; todo esto testimonia un esfuerzo para repoblar el mundo de los otros que son aún él mismo, y para mantener los efectos de la presencia del otro cuando la estructura desfallece. Pero la anomalía se hace sentir: en el momento en que el Robinson de Defoe se prohíbe producir más allá de sus necesidades, pensando que el mal comienza con el exceso de la producción, el de Tournier se lanza a una producción «frenética», donde el único mal es consumir, puesto que se consume siempre solo y para sí. Y, paralelamente a esta actividad de trabajo, como correlato necesario, se desarrolla una extraña pasión por el esparcimiento y la sexualidad. Deteniendo a veces su clepsidra, habituándose a la noche sin fondo de una gruta, untando todo su cuerpo de leche, Robinson se hunde hasta el centro interior de la isla, y encuentra un alveolo en el que se acurruca, que es como la envoltura larvaria de su propio cuerpo. Regresión más fantástica que la de la neurosis, puesto que se remonta a la Tierra Madre, a la Madre primordial: «El era esa pasta blanca contenida en un puño de piedra todopoderoso. Era esa haba, alojada en la carne maciza e inquebrantable de Speranza.»¹⁹ El trabajo conservaba la forma de los objetos como otros tantos vestigios acumulados; en cambio, la involución

¹⁷ Véanse págs. 100 y 111.

¹⁸ Pág. 34.

¹⁹ Pág. 91.

renuncia a todo objeto formado en provecho de un interior de la tierra y de un principio de enterramiento. Pero se tiene la impresión que las dos conductas tan diferentes son singularmente complementarias. En ambas hay frenesí, doble frenesí, que define el momento de la psicosis, y que aparece, evidentemente, en el retorno a la Tierra y a la genealogía cósmica del esquizofrénico, pero también en el trabajo, en la producción de objetos esquizofrénicos inconsumibles, procediendo por amontonamiento y acumulación.²⁰ Aquí, por consiguiente, es la estructura el Otro la que tiende a disolverse: el psicótico intenta paliar la ausencia de los otros reales instaurando un orden de vestigios humanos, y la disolución de la estructura, organizando una filiación sobrehumana.

Neurosis y psicosis, tal es la aventura de la profundidad. La estructura el Otro organiza la profundidad y la pacifica, la hace visible. Además, los trastornos de esta estructura implican un desarreglo, un enloquecimiento de la profundidad, como un retorno agresivo del sin-fondo que no se puede ya conjurar. Todo ha perdido su sentido, todo se convierte en simulacro y vestigio, incluso los objetos del trabajo, incluso el ser amado, incluso el mundo en sí mismo y el yo en el mundo... A menos que exista, sin embargo, una salvación para Robinson. A no ser que Robinson se invente una nueva dimensión o un tercer sentido para la expresión «pérdida del otro». A no ser que la ausencia del otro y la disolución de su estructura no desorganicen simplemente el mundo, sino abran, por el contrario, una posibilidad de salvación. Es preciso que Robinson vuelva a la superficie, que descubra las superficies. La superficie pura es, quizá, lo que el otro nos oculta. Quizá sea en la superficie donde, como un vapor, una imagen desconocida de las cosas se desprenda, y de la tierra, una nueva figura enérgica, una energía superficial sin otro posible. Porque el cielo no significa, en modo alguno, una altura que fuese simplemente lo inverso de la profundidad. En su oposición con la tierra profunda, el aire y el cielo son la descripción de una superficie pura, y el sobrevuelo del campo de esta superficie. El cielo solipsista no tiene profundidad: «extraña postura la que valora ciegamente la profundidad a expensas de la superficie y que quiere que superficial signifique, no de vasta dimensión, sino poca profundidad, mientras que profundo significa al contrario de gran profundidad y no de débil superficie. Y sin embargo, un sentimiento como el amor se mide mucho mejor, me parece, de ser posible medirlo, por la importancia de su superficie que por su grado de profundidad...».²¹ Primero, se elevan estos dobles o estas Imágenes aéreas en la superficie; después, en el sobrevuelo celeste del campo, los Elementos puros y liberados. La erección generalizada es la de las superficies, su rectificación, el otro desaparecido. Entonces, los simulacros ascienden, y se convierten en fantasmas en la superficie de la isla y en el sobrevuelo del cielo. Dobles sin semejanza y elementos sin coacción son los dos aspectos del fantasma. Esta reestructuración del mundo es la gran Salud de Robinson, la conquista de la gran Salud, o el tercer sentido de «pérdidas del otro».

Es ahí donde interviene Viernes. Porque el personaje principal, como dice el título, es Viernes, el muchacho. Sólo él puede guiar y terminar la metamorfosis empezada por Robinson y revelarle el sentido, el fin. Todo ello, inocentemente, superficialmente. Es Viernes quien destruye el orden económico y moral instaurado por Robinson en la isla. Es él quien le quita el gusto a Robinson por la ladera, al haber hecho crecer, con su propio placer, una mandrágora de especie diferente. Es él quien hace saltar la isla, fumando el tabaco prohibido cerca de un barril de pólvora, y el que restituye al cielo tanto la tierra como las aguas y el fuego. Es él quien hace volar y cantar al buco muerto (= Robinson).

²⁰ Véanse las páginas de Henri Michaux que describen una mesa fabricada por un esquizofrénico: *Les Grandes épreuves de l'esprit*, Gallimard, págs. 156 y sigs. No deja de tener analogía con el barco intransportable fabricado por Robinson.

²¹ Págs. 58-59.

Pero es él, sobre todo, quien presenta a Robinson la imagen del doble personal, como complemento necesario de la imagen de la isla: «Robinson da vueltas y vueltas en sí mismo a esta pregunta. Por primera vez entrevé nítidamente, bajo el mestizo grosero y estúpido que lo irrita, la existencia posible de otro Viernes -como ha sospechado hace tiempo, mucho antes de descubrir la gruta y la ladera, otra isla, escondida bajo la isla administrada.»²² Finalmente, es él quien conduce a Robinson al descubrimiento de los Elementos. libres, más radicales que las Imágenes o los Dobles puesto que ellos los forman. ¿Qué decir de Viernes sino que es revoltoso y pilluelo, todo superficie? Robinson no dejará de tener hacia él sentimientos ambivalentes, no lo ha salvado sino por azar, en un tiro fallido, cuando quería matarlo. Pero lo esencial es que Viernes no funciona, en modo alguno, como el otro recobrado. Es demasiado tarde, la estructura ha desaparecido. Ora funciona como un objeto insólito, ora como un extraño cómplice. Robinson lo trata ya como un esclavo al que intenta integrar en el orden económico de la isla, pobre simulacro, ya como el detentados de un secreto nuevo que amenaza el orden, misterioso fantasma. Unas veces casi como un objeto o un animal, otras, como si Viernes estuviera más allá de sí mismo; más allá de Viernes, el doble o la imagen de sí. Tan pronto más acá del otro, como más allá. La diferencia es esencial. Porque el otro, en su funcionamiento normal, expresa un mundo posible; pero ese mundo posible existe en nuestro mundo, y si no se desarrolla o realiza sin cambiar la cualidad de nuestro mundo, lo hace al menos según leyes que constituyen el orden de lo real en general y la sucesión del tiempo. Viernes funciona de manera totalmente distinta; indica un otro mundo supuestamente verdadero, un doble irreductible, único verdadero. Y en este otro mundo, un doble del otro que él ya no es, que no puede ser. No el otro, sino algo totalmente-otro que el otro. No una réplica, sino un Doble: el revelador de los elementos puros, el que disuelve los objetos, los cuerpos y la tierra. «Parecía que (Viernes) pertenecía a otro reino, en oposición con el reino telúrico de su amo sobre el cual él tenía efectos devastadores a poco que se intentase encerrarlo en él.»²³ Por ello, ni siquiera es objeto de deseo para Robinson. Robinson gusta de abrazarle las rodillas, contemplar sus ojos, pero es sólo para aprehender al doble luminoso que ya apenas retiene los elementos libres escapados de su cuerpo. «Ahora bien, con respecto a mi sexualidad, me parece que sólo una vez Viernes despeno en mí una tentación sodomista. Sucede, en primer lugar, que llegó demasiado tarde: mi sexualidad era ya elemental, estaba dirigida hacia Speranza y hacia ella se volvía... No se trataba ya de volver hacia amores humanos, sino, sin dejar de ser elemental, de hacerme cambiar de elemento.»²⁴ El otro *rebaja*: rebaja los elementos a tierra, la tierra a cuerpos, los cuerpos a objetos. Pero Viernes, inocentemente, endereza los objetos y los cuerpos, transporta al cielo la tierra, libera los elementos. Enderezar, rectificar, es también encoger. El otro es una extraña desviación, pliega mis deseos sobre los objetos, mis amores sobre los mundos. La sexualidad sólo está ligada a la generación por una tal desviación que haga pasar por el otro, en primer lugar, la diferencia de sexos. En principio, la diferencia de los sexos es fundada, establecida, en el otro y por el otro. Instaurar el mundo sin el otro, enderezar el mundo (como lo hace Viernes, o más bien como Robinson percibe que Viernes lo hace) es evitar la desviación. Es separar el deseo de *su objeto*, de su desviación por un cuerpo para devolverlo a una causa pura: los Elementos. «Ha desaparecido el andamiaje de instituciones y de mitos que permite tomar cuerpo al deseo, en el doble sentido del término, es decir, darse una forma definida y fundirla sobre un cuerpo femenino.»²⁵ Robinson ya no puede aprehenderse a sí mismo, a aprehender a Viernes desde el punto de vista de un sexo diferenciado. Es libre el

²² Pág. 149.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Pág. 99.

psicoanálisis de ver en esta abolición de la desviación, en esta separación de la causa del deseo con el objeto, en este retorno a los elementos, el signo de un instinto de muerte: instinto solar.

* * *

Todo es novelesco aquí, incluso la teoría, que se confunde con una ficción necesaria: una cierta teoría del otro. En primer lugar, hemos de conceder la máxima importancia a la concepción del otro como estructura: de ninguna manera como «forma» particular en un campo perceptivo (distinto de la forma «objeto» o de la forma «animal»), sino como sistema que condiciona el funcionamiento del conjunto del campo perceptivo en general. Tenemos que distinguir, por lo tanto, *el Otro*-a priori, que designa esta estructura, y este otro-aquí, este otro-ahí, que designan los términos reales que efectúan la estructura en talo cual campo. Si este otro-aquí es siempre alguien, yo para vosotros, vosotros para mí, es decir, en cada campo perceptivo el sujeto de un campo diferente, el Otro a priori, en cambio, no es nadie, puesto que la estructura es trascendente a los términos que la efectúan. ¿Cómo definirla? La expresividad que define la estructura el Otro está constituida por la categoría de lo posible. El Otro-a priori es la *existencia* de lo posible en general: en tanto que lo posible existe sólo como expresado, es decir, en un expresante que no se le parece (torsión de lo expresado en lo expresante). Cuando el héroe de Kierkegaard reclama: «Lo posible, lo posible, si no me asfixio», o cuando James reclama «el oxígeno. de la posibilidad», no hacen otra cosa que invocar el Otro-a priori. Hemos intentado demostrar en este sentido cómo el otro condicionaba el conjunto del campo perceptivo, la aplicación a este campo de las categorías del objeto percibido y de las dimensiones del sujeto perceptor y, finalmente, la distribución de los otros-aquí en cada campo. En efecto, las leyes de la percepción para la constitución de objetos (forma, fondo, etc.), para la determinación temporal del sujeto, para el desarrollo sucesivo de los mundos, nos parecía que dependían de lo posible como estructura el Otro. Incluso el deseo, ya sea el deseo de objeto o el deseo del otro, depende de la estructura. Yo no deseo un objeto sino como lo expresado por el otro sobre el mundo de lo posible; yo no deseo en el Otro sino los mundos posibles que expresa. El Otro aparece como lo que organiza los Elementos en Tierra, la tierra en cuerpos, los cuerpos en objetos, y lo que regula y mide a la vez el objeto, la percepción y el deseo.

¿Cuál es el sentido de la ficción «Robinson»? ¿Qué es una robinsonada? Un mundo sin el otro. Tournier supone que a través de muchos sufrimientos Robinson descubre y conquista una gran Salud, en la medida en que las cosas acaban por organizarse de muy distinta manera que con el otro, porque liberan una imagen sin semejanza, un doble de ellas mismas ordinariamente rechazado, y que este doble, a su vez, libera puros elementos ordinariamente apresados. Este no es el mundo trastornado por la ausencia del otro; al contrario, es el doble glorioso del mundo que se encuentra oculto por su presencia. He aquí el descubrimiento de Robinson: descubrimiento de la superficie, del más allá elemental, de ese Otro del Otro. Entonces, ¿por qué se tiene la impresión de que esta gran Salud es perversa, de que esta «rectificación» del mundo y del deseo es también desviación y perversión? Robinson, empero, no tiene ningún comportamiento perverso. Pero todo estudio de la perversión, toda novela de la perversión, intenta manifestar la existencia de una «estructura perversa» como principio del cual derivan eventualmente los comportamientos perversos. En este sentido, la estructura perversa puede ser considerada como aquella que se opone a la estructura el Otro, y que la sustituye. E igual que los otros-concretos son términos actuales y variables que efectúan esta estructura el Otro, los comportamientos del perverso, presuponiendo siempre una

ausencia fundamental del otro, son sólo términos variables que efectúan la estructura perversa.

¿Por qué el perverso tiende a imaginarse como un ángel radiante de helio y de fuego?
¿Por qué tiene, a la vez contra la *tierra*, contra la fecundación y los objetos del deseo, este odio que ya encontramos sistematizado en Sade? La novela de Tournier no se propone explicar, sino mostrar. Por eso coincide, por medios muy diferentes, con los estudios psicoanalíticos recientes que parecen haber renovado el estatuto del concepto de perversión, en primer lugar, al sacarlo de esta incertidumbre moralizante en la que lo habían mantenido la psiquiatría y el derecho aunados. Lacan y su escuela insisten profundamente: en la necesidad de comprender los comportamientos perversos a partir de una *estructura* y de definir esta estructura que condiciona los comportamientos como tales; en la manera como el deseo sufre una especie de *desplazamiento* en esta estructura y cómo la Causa del deseo se separa así del *objeto*; en la forma como la *diferencia de los sexos* es negada por el perverso, en provecho de un mundo andrógino de los *dobles*; en la anulación del otro en la perversión, en la posición de un «más allá del Otro» o de ese Otro del Otro, como si el Otro desprendiera a los ojos del perverso su propia *metáfora*; la «desubjetivación» perversa, pues es indudable que ni la víctima ni el cómplice funcionan como otros.²⁶ Por ejemplo, el sádico despoja al otro de su cualidad de otro no porque tenga envidia, porque desee hacerlo sufrir; a la inversa, porque carece de la estructura Otro y porque vive bajo una estructura muy diferente sirviendo de condición a su mundo vivo, él aprehende a los demás bien como víctimas, bien como cómplices, pero en ninguno de los dos casos los aprehende como otros, al contrario, siempre como esos Otros distintos del otro. Aún ahí es sorprendente ver en Sade hasta qué punto las víctimas y los cómplices, con su reversibilidad necesaria, no son en modo alguno captados como el otro: sino, ya como cuerpos detestables, ya como dobles o Elementos aliados (y no, sobre todo, dobles del personaje, sino dobles de ellos mismos, salidos siempre de sus cuerpos a la conquista de elementos atómicos).²⁷

El contrasentido fundamental sobre la perversión consiste, en razón de una fenomenología precoz de los comportamientos perversos o en virtud de las exigencias del derecho, en la perversión a determinadas ofensas hechas al otro. Y todo nos persuade, desde el punto de vista del comportamiento, de que la perversión no es nada sin la presencia del otro: el voyeurismo, el exhibicionismo, etc. Pero, desde el punto de vista de la estructura, es necesario decir lo contrario: es porque la estructura el Otro falta, sustituida por una estructura enteramente diferente, que «los otros» reales no pueden ya desempeñar el papel de términos ejecutores de la primera estructura desaparecida, y sí, solamente en la segunda, el papel de cuerpos-víctimas (en el sentido tan particular que el perverso atribuye a los cuerpos) o el papel de cómplices-dobles, de cómplices-elementos (también ahí en el sentido tan particular del perverso). El mundo del perverso es un mundo sin otro, y por consiguiente un mundo sin posible. El Otro es lo que posibilita. El mundo perverso es un mundo donde la categoría de lo necesario ha reemplazado completamente a la de lo posible: extraño spinozismo en el que el oxígeno falta, en

²⁶ Véase la recopilación *Le Désir et la perversion*, ed. du Seuil, 1967. El artículo de Guy Rosolato, «Etude des perversions sexuelles á partir du fétichisme», presenta observaciones muy interesantes aunque demasiado apresuradas sobre «la diferencia de los sexos» y sobre «el doble» (págs. 25-26). El artículo de Jean Clavreul, «Le Couple pervers» muestra que ni la víctima ni el cómplice ocupan el lugar del otro (sobre la «desubjetivación», véase pág. 110, y sobre la distinción de Causa y Objeto del deseo, véase del mismo autor «Remarques sur la question de la réalité dans les perversions» *La Psychanalyse*, n. 8, págs. 290 y sigs.). Parece que estos estudios, basados en el estructuralismo de Lacan y su análisis de la *Verleugnung*, están en curso de desarrollo.

²⁷ Véase en Sade el tema constante de las combinaciones de moléculas.

provecho de una energía más elemental y de un aire enrarecido (el Cielo-Necesidad). Toda perversión es un otroicidio, un altruicidio, por tanto un asesinato de los posibles. Pero el altruicidio no es cometido por el comportamiento perverso, está supuesto en la estructura perversa.

Lo que no implica que el perverso es perverso no constitucionalmente, sino como consecuencia de una aventura que seguramente ha pasado por la neurosis y rozado la psicosis. Es lo que sugiere Tournier en su extraordinaria novela: es necesario imaginar a Robinson pervertido; la única robinsonada es la perversión misma.